

paciones á que tiene pasion el maestro, es que siempre supone la misma aficion al niño. Cuando la diversion del trabajo os arrastre, tened cuenta no se aburra él sin atreverse á manifestároslo. El niño debe estar todo entero á lo que haga; pero vos debeis estar todo entero al niño, observarle, acecharle sin intermision y sin que lo eche de ver, preveer de antemano todos sus sentimientos, y precaver los que no debe tener; ocuparle, en fin, de manera, que no solo reconozca que es útil, sino que se complazca en ello, á puro entender bien para qué es bueno lo que hace.

La sociedad de las artes consiste en cambios de industria, la del comercio en cambios de cosas, la de bancos en cambios de signos y dinero: todas estas ideas están conexas, y ya tenemos nociones elementales de ellas; los cimientos de todo esto los pusimos desde la edad primera, con ayuda del hortelano Roberto. Ahora no resta mas que generalizar estas ideas y entenderlas á otros ejemplos, para hacer que comprenda el tráfico en sí mismo, haciéndosele sensible con las noticias de historia natural, que sobre las producciones peculiares de cada país se rozan con las noticias de artes y ciencias que atañen á la navegacion; finalmente, con la mayor ó menor dificultad del transporte, segun la distancia de los sitios y segun la situacion de las tierras, mares, rios, etc.

Sin cambio no puede existir ninguna sociedad, ni sin medida comun ningun cambio, ni sin igualdad ninguna medida comun. De suerte que la ley primera de toda sociedad es una igualdad de convencion, sea en los hombres, sea en las cosas.

La igualdad de convencion, muy distinta entre los hombres, de la igualdad natural, hace necesario el derecho positivo, esto es, el gobierno y las leyes. Los conocimientos politicos de un niño han de ser claros y limitados; del gobierno en general solo debe conocer lo que tiene conexion con el derecho de propiedad, de que ya posee alguna idea.

La igualdad de convencion entre las cosas, llevó á inventar la moneda, porque esta no es mas que un término de comparacion del valor de las cosas de distinta

especie; y en este sentido, la moneda es el verdadero vínculo de la sociedad: empero todo puede ser moneda; en otro tiempo lo era el ganado; las conchas lo son todavía en muchos pueblos; el hierro era moneda en Esparta, el cuero lo ha sido en Grecia, y la plata y el oro lo son en nuestros paises.

Como de mas fácil transporte, los metales fueron generalmente escogidos por términos medios de todos los cambios; y estos metales fueron convertidos en moneda por ahorrarse la medida ó el peso á cada cambio; porque el sello de la moneda no es otra cosa que un testimonio de que una pieza de tal manera sellada pesa tanto; y solo el rey tiene derecho á acuñar moneda, puesto que solo él puede exigir que todo un pueblo dé crédito á su autoridad.

Explicado así el uso de esta invencion, la entiende el mas estúpido. Dificil es comparar inmediatamente cosas de distinta naturaleza, por ejemplo, paño con trigo; pero hallada una comun medida, es decir, la moneda, fácil es que el fabricante y el labrador refieran el valor de las cosas que quieren permutar, á esta comun medida. Si tal cantidad de paño vale tal suma de dinero y tal cantidad de trigo vale tambien la misma suma de dinero, infiérese que el mercader que recibe este trigo por su paño hace una permuta igual. Así por la moneda se hacen conmensurables y se pueden comparar los bienes de distintas especies.

No paseis mas adelante, ni os metais á explicar los efectos morales de esta institucion. En toda cosa importa explicar bien el uso, antes de hacer ver el abuso. Si pretendierais hacer ver á los niños cómo hacen los signos que se descuiden las cosas, cómo han nacido de la moneda todas las fantasias de la opinion, cómo los paises ricos en dinero deben ser pobres en todo, tratariais á estos niños no solo como filósofos, sino como sábios, y querriais que entendieran lo que muy pocos filósofos han concebido.

¡En qué abundancia de objetos interesantes puede girar la curiosidad de un alumno, sin dejar nunca las relaciones reales y materiales que se encuentran en la esfera de su capacidad, ni consentir que en su espíritu



se suscite siquiera una idea que no pueda él concebir! Cífrase el arte del maestro, no en recargar sus observaciones de menudencias que con nada tengan conexión, sino en aproximarle sin cesar á las grandes relaciones que debe conocer un dia, para formar recto juicio sobre el buen y mal orden de la sociedad civil. Es necesario saber amalgamar las conversaciones con que se entretiene al niño, con la forma que á su espíritu se ha dado. Cuestion hay que apenas pudiera llamar la atención de otro, y que va á desvelar á Emilio por espacio de seis meses.

Un dia vamos á comer á una casa opulenta; hallamos los preparativos de un banquete, mucha gente, muchos platos, muchos lacayos, un elegante y exquisito servicio. Todo este aparato de fiesta y deleite excita no sé qué embriaguez que da al traste con la cabeza de quien no está acostumbrado á él. Preveo el efecto de todo esto en mi alumno. Mientras se prolonga el festin, se suceden los servicios, y se escuchan mil estrepitosos dichos, me arrimo á él, y le digo al oido: «¿Por cuántas manos calculas que haya pasado todo cuanto ves sobre la mesa antes de llegar aquí?» ¡Qué multitud de ideas despierto en su cerebro con estas pocas palabras! Al instante se disiparon todos los vapores del delirio. Piensa, reflexiona, calcula, se inquieta. Mientras que alegres los filósofos con el vino y acaso con sus vecinas, chochean y hacen los niños, está él filosofando solo en un rincon: me hace preguntas; no le quiero contestar, y le digo que otra vez le responderé; se impacienta, se olvida de comer y beber, no ve la hora de levantarse de la mesa para hacerme preguntas á su sabor. ¡Qué objeto para su curiosidad! ¡Qué texto para su instruccion! Con un entendimiento sano que nada ha podido extragar todavía ¿qué ha de pensar del lujo, cuando contemple que se han puesto á contribucion todas las regiones del orbe, que acaso veinte millones de manos han trabajado mucho tiempo, y ha costado la vida á miles de hombres, todo por presentarle á mediodia con aparato lo que va por la noche á depositar en su secreta?

Accehad con cuidado las conclusiones ocultas que en su interior saca de todas estas observaciones. Si le

habeis guardado menos bien de lo que yo supongo, puede tener la tentacion de dar otro giro á sus reflexiones, y de creerse un personage importanté en el mundo, viendo que tantos afanes cuesta guisarle su comida. Si preveis este raciocinio, con facilidad le podeis obviar antes que se le ocurra, ó por lo menos borrar al instante la impresion que en él haya hecho. No sabiendo apropiarse todavía las cosas de otro modo que por el goce material, no puede juzgar de la conveniencia ó discrepancia que con él tienen, como no sea por relaciones sensibles. La comparacion de una sencilla y rústica comida, preparada por el ejercicio, sazónada por el hambre, la libertad y la alegría, con tan magnífico festin, tan medido á compás, bastará para darle á entender que no trayéndole ningun beneficio real el banquete, y sacando tan satisfecho el estómago de la mesa del labriego como de la del banquero, lo mismo hay en una que en otra que pueda llamar suyo verdaderamente.

Imaginémonos lo que en tal caso podrá decirle su ayo: «Acuérdate bien de estas dos comidas, y resuelve dentro de tí en cuál te has hallado con mas gusto, en cuál has notado mas alegría, en cuál comieron los convidados con mas apetito, bebieron con mas júbilo y de mejor gana, y se rieron mas de veras; cuál duró mas tiempo sin pesadumbre, y sin que fuese necesario renovarla con otros servicios. Mira no obstante la diferencia: ese pan moreno que tan sabroso hallas, procede del trigo cogido por el labrador; su vino grueso y negro, pero sano y refrigerante, es de su propio viñedo; la manteleria está tejida con su cáñamo que hilaron en invierno su mujer, sus hijas y su criada; ningunas otras manos que las de su familia han hecho los preparativos de su mesa; el inmediato molino y el vecino mercado son para él los linderos del universo. ¿En qué disfrutaste realmente de todo cuanto abastecieron á la otra mesa las tierras remotas y la mano de los hombres? Si todo eso no hace que se coma mejor, ¿qué has ganado con esa abundancia? ¿Qué habia allí que fuese para tí? Si hubieras sido el amo de casa, podrá añadir, mas extraño hubiera sido todo para tí; porque el afan de hacer alarde de tu gozo á los ojos de los demás, habria aca-



bado de quitártele: tú hubieras tenido el cuidado, ellos el gusto.»

Muy elocuente puede ser este razonamiento; pero nada vale para Emilio á cuyo alcance no está, y á quien nadie dicta sus reflexiones. Habladle con mas sencillez, decidle una mañana, despues de estas dos pruebas: «¿A dónde irémos á comer hoy? En derredor de aquel monte de plata, que tapa las tres cuartas partes de la mesa, y aquellos cuadros de flores de papel, que sirven á los postres encima de espejos, en medio de aquellas mujeres con tanto encaje, que te tratan como un muñeco, y quieren que hayas dicho lo que no sabes; ó á aquel lugar dos leguas de aquí, en casa de aquella buena gente, que con tanto agasajo nos recibe, y tan buena nata nos da?» No es dudosa la eleccion de Emilio, que ni es vanidoso ni parlanchin, ni puede aguantar la sujecion, y que no gusta de nuestros exquisitos platos, pero que siempre está dispuesto á correr por el campo, y le gustan mucho la buena fruta, las buenas legumbres, la buena nata y la buena gente (1). En el camino nos ocurre naturalmente la reflexion de que la multitud de hombres que trabajan para esos grandes banquetes, ó pierden su afan ó no se curan mucho de nuestro deleite.

Mis ejemplos, buenos acaso para un individuo, serán malos para otros mil. Si se entiende el espíritu de cada uno, se sabrán variar segun fuere necesario: esta eleccion pende del talento peculiar del niño, en las ocasiones que presentamos de manifestar sus disposiciones natura-

(1) La afición al campo que le supongo á mi alumno es fruto natural de su educacion. Como por otra parte no tiene la planta presumida y melindrosa, que tanto peta á las mujeres, le obsequian menos que á otros niños; por consiguiente, él gusta menos de ellas, y no se echa tanto á perder en su compañía, cuyo embeleso aun no está en estado de sentir. Me he guardado de enseñarle á que las bese la mano, á que las eche flores, y á que ni siquiera las trate con las atenciones que se les deben con preferencia á los hombres; habiendo llevado por ley inviolable el no exigir de él nada de que no pudiese alcanzar la razon: y no hay razon valedera que dar á un niño para que trate á un sexo de distinto modo que á otro. Con esta sencillez estoy cierto de conservar mi influjo sobre él, y de que no me le quitarán las mujeres para hacer de él su dominguillo.

les. Nadie imaginará que en tres ó cuatro años que hemos de pasar, sea posible dar al niño, por mas capacidad que tenga, una idea de todas las artes y ciencias naturales, suficiente para que las aprenda un dia por sí solo; pero haciendo que pasen á su vista todos los objetos que le importa conocer, le damos ocasion para desarrollar su gusto y su talento, y dar los primeros pasos hácia el objeto á que esté le encamina, indicándonos la senda que se le ha de allanar para auxiliar á la naturaleza.

Otra ventaja que se saca de eslabonar asi conocimientos adecuados aunque cortos, consiste en que de este modo se los indicamos por sus conexiones y sus relaciones, y para su estimacion los colocamos todos en su lugar, precaviendo así la preocupacion tan comun en la mayor parte de los hombres, de apreciar solo los estudios que han cultivado, y no hacer caso de los demás. Quien ve bien el orden del todo, ve el sitio en que debe estar cada parte; quien ve bien una parte sola y la conoce á fondo, puede ser un hombre científico: el primero tiene sana razon, y ya os acordais de que no tanto nos proponemos adquirir ciencia como sano juicio.

Sea como fuere mi método, no pende de mis ejemplos; se funda en la medida de las facultades del hombre en sus distintas edades, y en la eleccion de las ocupaciones que convienen á estas facultades. Creo que con facilidad se encontraria otro método que produjera mejores efectos al parecer; pero si no fuese tan adaptable á la especie, á la edad y al sexo, dudo que se sacara de él igual fruto.

Al empezar este segundo periodo, nos hemos aprovechado de la superabundancia de nuestras fuerzas respecto á nuestras necesidades, para salir fuera de nosotros; nos hemos lanzado á los cielos; hemos medido la tierra; hemos reconocido las leyes de la naturaleza; en una palabra, hemos andado la isla entera: ahora tornamos á nosotros, y nos acercamos insensiblemente á nuestra morada. Por dicha, que de vuelta no encontramos aun encastillado el enemigo que nos está amenazando, y que se prepara á enseñorearse de ella.

¿Qué nos queda que hacer habiendo ya observado



todo cuanto nos rodea? Convertir en nuestro uso todo aquello que podemos apropiarnos, y hacer que redunde nuestra curiosidad en provecho de nuestro bienestar. Hasta aquí hemos hecho provision de todo género de instrumentos, sin saber de cuáles necesitaríamos. Acaso los inútiles para nosotros podrán servir para otros, y acaso recíprocamente tendremos nosotros necesidad de los de ellos. De esta suerte á todos nos tendrán cuenta estas permutas; mas para hacerlas es menester conocer nuestras mútuas necesidades; que sepa cada uno lo que tienen los demás para su uso, y lo que en cambio puede él ofrecerles. Supongamos diez hombres, cada uno de los cuales tiene necesidad de diez especies. Menester es que para lo que cada uno necesita se aplique á diez clases de tarea; empero atendida la diferencia de inclinaciones y habilidades, al uno le saldrá menos bien esta faena, aquella al otro. Idóneos todos para cosas diferentes, harán unas mismas, y estarán mal servidos. Formemos una sociedad de estos diez hombres, y aplíquese cada uno por sí y por los otros nueve al género de ocupacion que mejor le convenga; perfeccionará cada uno la suya con un continuo ejercicio, y sucederá que muy bien abastecidos todos diez, les quedará todavia sobrante para otros. Este es el principio aparente de todas nuestras instituciones. No es del caso examinar aquí las consecuencias: esto ya lo he hecho en otro escrito (1).

En virtud de este principio, un hombre que se quisiera mirar como un ser aislado, sin conexion con nada y bastante para sí propio, no podria menos de ser miserable. Ni aun subsistir le seria posible, porque hallando cubierta la tierra entera del *tuyo* y el *mío*, y no teniendo otra cosa suya que su cuerpo, ¿de dónde habia de sacar lo que necesitase? Con salir del estado de naturaleza, obligamos á nuestros semejantes á que tambien le abandonen: nadie puede permanecer en él contra la voluntad de los demás; y fuera realmente dejarle, el querer permanecer en él, sin poder vivir: porque la primera ley de la naturaleza es el cuidado de la propia conservacion. De este modo se forman poco á

(1) *Discurso sobre la desigualdad de condiciones.*

poco en el espíritu de un niño ideas de las relaciones sociales, aun antes que realmente pueda ser miembro activo de la sociedad. Bien vé Emilio que para adquirir instrumentos para su uso, tambien los necesita que sirvan para el de los demás, y por los cuales pueda obtener en cambio las cosas que tiene menester, y que á ellos pertenecen. Con facilidad le traigo á que conozca la necesidad de estas permutas, y á que se ponga en estado de que le sean ventajosas.

«*Excelentísimo señor, es menester que yo viva*, decia un desventurado autor satirico al ministro que le afeaba la infamia de su oficio. *No veo qué necesidad haya*, le respondió sin inmutarse el potentado.» Esta respuesta, excelente en boca de un ministro, hubiera sido inhumana y falsa en la de cualquiera otro. Menester es que viva todo hombre. Este argumento á que cada uno da mas ó menos fuerza, á proporcion que mas ó menos humanidad tiene, me parece que no admite réplica para el que le hace con respecto á sí propio. Puesto que la mas violenta de cuantas aversiones nos inspira la naturaleza, es la de morir, infiérese que se lo ha permitido todo á aquel que no tiene ningun otro medio posible de vivir. Los principios por los cuales aprende el hombre virtuoso á menospreciar la vida, sacrificándola á su obligacion, están muy remotos de esta primitiva sencillez. ¡Venturosos los pueblos en que es dable ser bueno sin esfuerzo, y justo sin virtud! Si hay en el mundo un país tan miserable en que no pueda uno vivir sin obrar mal, y los ciudadanos sean bribones por necesidad, no se debe en él ahorcar al malhechor, sino á quien le obliga á que lo sea.

Luego que sepa Emilio qué cosa es la vida, será mi primera diligencia enseñarle á que la conserve. Hasta aquí no he distinguido los estados, las gerarquías, y las fortunas; y poco mas los distinguiré en adelante, porque el hombre es uno mismo en todos los estados; porque el rico no tiene mayor capacidad de estómago que el pobre, ni digiere mejor; porque el amo no tiene mas largos ni mas fuertes los brazos que su criado; porque un grande no es mayor que un plebeyo; y en fin, porque siendo en todos unas mismas las necesidades natu-



rales, los medios de satisfacerlas en todos deben ser iguales. Adaptad al hombre la educacion del hombre, no á lo que no es él. ¿No veis que con trabajar en formarle exclusivamente para un estado, le haceis inútil para cualquier otro, y si á la fortuna le place, os habreis afanado solo en hacerle infeliz? ¿Qué cosa hay mas ridícula que un gran señor pareciendo que en su miseria conserva las preocupaciones de su nacimiento? ¿Qué cosa mas vil que un rico que ha empobrecido, y que acordándose del desprecio que se debe á la pobreza, siente que ha quedado el postrero de los humanos? El único recurso del primero, es el oficio de bribon público; el del otro, el de criado rastrero, con este lindo mote: *Menester es que yo viva*.

Os fiais en el orden actual de la sociedad, sin reflexionar que está sujeto á inevitables revoluciones, y no os es dado prever ni precaver la que puede tocarles á vuestros hijos. Tórnase pequeño el grande; pobre el rico; vasallo el monarca. ¿Tan raros son los golpes de la fortuna, que os podais mirar como exento de ellos? Vamos acercándonos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones (1). ¿Quién puede responderos de lo que se-reis entonces? Todo cuanto han hecho los hombres, los hombres lo pueden destruir; no hay otros caracteres indelebles que los que estampa la naturaleza, y no hace la naturaleza príncipes, ni ricos, ni grandes señores. ¿Pues qué hará en la decadencia ese noble que habeis educado tan solo para la grandeza? ¿Qué hará en la pobreza ese banquero, que solo con oro sabe vivir? ¿Qué hará, privado de todo, ese opulento imbécil que ni de sí mismo sabe usar, y coloca su propio ser en lo que es ajeno de él? ¡Venturoso el que sabe dejar el estado que le deja, y permanecer hombre á despecho de la suerte! Alaben cuanto quieran á ese rey vencido que se quiere sepultar como un frenético bajo las ruinas de su trono; yo le desprecio: veo que solo por su corona existe, y que nada

(1) Creo imposible que duren todavía mucho tiempo las vastas monarquías de Europa; todas han brillado, y todo estado que brilla, raya en su ruina. Otras razones tengo mas perentorias que esta máxima; pero no conviene decirlas, y cualquiera las ve de sobra.

absolutamente es, si no es rey: pero el que la pierde, y vive sin ella, es entonces superior á ella. De la gerarquía de rey, que un cobarde, un perverso, un loco puede ocupar como otro cualquiera, asciende al estado de hombre, que tan pocos hombres saben desempeñar. Triunfa entonces de la fortuna, la arrostra; todo se lo debe á sí solo, y cuando nada le queda que mostrar mas que él mismo, no es nulo, que es algo. Sí, mas quiero cien veces al rey de Siracusa de maestro de escuela en Corinto, y al rey de Macedonia escribano en Roma, que á un malhadado Tarquino, que no sabe qué hacerse si no reina; que al heredero del poseedor de tres reinos, befa de cualquiera que es osado á denotar su miseria, errante de córte en córte, mendigando auxilios en todas partes, y en todas encontrando desaires, por no saber hacer otra cosa que un oficio que ya no está en su mano.

El hombre y el ciudadano, sea cual fuere, no tiene otro caudal que dar á la sociedad que á sí propio; todos los demás bienes suyos están en ella sin su voluntad; y cuando es un hombre rico, no disfruta él de su riqueza, ó la disfruta el público con él. En el primer caso roba á los demás aquello de que se priva, y en el segundo no les da nada; de suerte que le queda por pagar la deuda social toda entera, mientras que solo con su caudal la satisface. Pero mi padre, cuando le ganó, sirvió la sociedad... Enhorabuena; pagó su deuda, mas no la vuestra. Mas debeis á los otros que si hubiérais nacido sin caudal, una vez que nacisteis favorecido. No es justo que lo que un hombre ha hecho por la sociedad, exima á otro de lo que la debe; porque como cada uno se debe todo entero, ninguno puede pagar mas que por sí; ningún padre puede dejar por herencia á su hijo el derecho de ser inútil á sus semejantes: y eso es lo que, segun decís, hace, dejándole sus riquezas, que son remuneracion y prueba de su trabajo. El que se come en la ociosidad lo que por sí propio no ha ganado, lo roba; y el acreedor del estado, á quien este paga no haciendo nada, poco se diferencia á mis ojos de un ladrón que vive á costa de los caminantes. Fuera de la sociedad, el hombre aislado, que á nadie debe nada, tiene derecho para vivir como se le antoja; pero en la sociedad, donde



necesariamente vive á costa de los demás, les debe en trabajo lo que vale su manutencion; esto no sufre excepciones. Así, el trabajar es obligacion indispensable del hombre social. Rico ó pobre, fuerte ó débil, todo ciudadano ocioso es un picaro.

Entre todas las ocupaciones que pueden proporcionar al hombre su subsistencia, la que mas le acerca al estado de naturaleza, es el trabajo manual; y entre las condiciones todas, la del artesano es la mas independiente del hombre y de la fortuna. Un artesano solo pende de su trabajo; es libre y tan libre quanto es el labrador esclavo, porque está atado á su campo cuya cosecha se halla á discrecion ajena: el enemigo, el príncipe, un poderoso vecino, se le pueden quitar; por él le hacen sufrir mil vejaciones; pero si en un país cualquiera molestan á un artesano, en breve hace la maleta, se lleva sus brazos, y se va. No obstante, la agricultura es el primer oficio del hombre, el mas honroso, el mas útil, y por consiguiente el mas noble que puede ejercitar. No le digo á Emilio que aprenda la agricultura, porque la sabe. Está familiarizado con todas las faenas rústicas; ha empezado por ellas, y no las deja nunca de la mano. Digole sí: «Cultiva la heredad de tus padres; pero ¿si pierdes esta heredad; ó no la tienes, qué has de hacer? Aprende un oficio.»

¡A mi hijo un oficio! ¡Artesano mi hijo! Señor, ¡qué pensamiento! Mas acertado, señora, que el vuestro, que le quereis reducir á que nunca pueda ser mas que un milord, un marqués, un príncipe, y yo le quiero dar un cargo que nunca pueda perder, que en todos tiempos le honre; quiero enaltecerle al estado de hombre: decid lo que querais, menos iguales tendrá á título de tal, que por todos los que de vos heredare.

La letra mata, y el espíritu vivifica. No tanto se trata de aprender un oficio por saberle, quanto por vender las preocupaciones que le desprecian. Nunca os vereis precisado á trabajar para vivir. Eso es lo peor. Pero no importa; no trabajéis por necesidad, trabajad por gloria: bajad al estado de artesano, para subir á mas alto grado que el vuestro. Para sujetar á vos la fortuna y las cosas, haceos primero independiente de ellas; y

para dominar por la opinion, dominadla á ella antes.

Acordaos de que no pido un arte de ingenio, sino un oficio, oficio verdadero, arte meramente mecánico, en que mas que la cabeza trabajen las manos, con el que nadie haga caudal, pero que ponga á cualquiera en estado de no necesitarle. En casas donde no habia que temer el riesgo de que falte para comer, he visto yo padres cuya prevision llega hasta dar á sus hijos conocimientos de que, en todo caso, puedan echar mano para mantenerse. Creen estos padres que han adelantado mucho, y no es así; porque los recursos que piensan procurar á sus hijos penden de la misma fortuna contra cuyos tiros pretenden armarlos; de manera que con todos sus lucidos talentos, si el que los tiene no se encuentra en circunstancias propicias, se morirá de hambre, como si ninguno tuviese.

Supuesto que de amaños y arterias se trata, tanto da usarlos para mantenerse en la abundancia, como para volverse á adquirir desde el seno de la miseria con qué reponerse en su primer estado. Si cultivais artes que dan una utilidad proporcionada á la fama del artista; si os haceis apto para empleos que solo se consiguen por valimiento, ¿de qué os servirá todo eso cuando aburrido con justicia del mundo, desdeñeis los medios sin los cuales no es posible hacerse lugar? Habéis estudiado la politica y los intereses de los príncipes: bien está; pero ¿qué habéis de hacer con esos conocimientos, si no sabéis introducirlos con los ministros, con las damas de la corte, con los jefes de oficina, si no dais en el hito de gustarles, si no encuentran todos en vos el bribon que les conviene? Sois pintor ó arquitecto: sea para bien; pero es necesario que sea conocida vuestra habilidad. ¿Quién os ha de encargar un cuadro, si no sois de la Academia, si no tenis proteccion, aunque sea para llenar un rincon de su antesala? Soltad esa regla y ese pincel; alquilad un coche y andad de puerta en puerta, que así se adquiere celebridad; pero antes habéis de saber que en todas esas ilustres puertas hay porteros ó conserges que solo por gestos comprenden, y tienen los oídos en las manos. ¿Quereis enseñar lo que habéis aprendido, y ser maestro de geografia, de mate-



máticas, de lenguas ó de música y dibujo? Para eso necesitáis discípulos, y por consiguiente apologistas. No perdais de vista que mas vale ser charlatan que hábil, y que si no sabeis otro oficio que el vuestro, nunca sereis otra cosa que un ignorante.

Ved cuán poca solidez tienen todos esos brillantes recursos, y de cuántos mas necesitáis para sacar de ellos utilidad. ¿Y luego, qué os hareis en ese torpe aplebeyamiento? Sin instruiros, os envilecen los reveses de la fortuna; traído mas que nunca al retortero por la opinion pública, ¿cómo os habeis de levantar sobre las preocupaciones que son árbitras de vuestra suerte? ¿Cómo despreciar los vicios y la bajeza que necesitáis para subsistir? Solo de las riquezas dependíais, ahora dependeis de los ricos; habeis empeorado de esclavitud, echándole de sobrecarga la miseria. Sois pobre sin ser libre, que es el estado peor en que pueda caer el hombre.

Empero, si en vez de recurrir á esos sublimes conocimientos destinados para ser alimentos del alma y no del cuerpo, echais mano, si hay necesidad, de vuestros brazos y del uso que de ellos sabeis hacer, desaparecen todas las dificultades, y es inútil toda arteria; cesan de ser estorbo para vivir la probidad y el honor; no necesitáis ser embustero y cobarde en presencia de los grandes; en la de los bribones flexible y rastrero; complaciente vil de todo el mundo, prestamista ó ladronzuelo, que es casi lo mismo en aquel que nada tiene; no os mueve la opinion ajena; no teneis que hacer la corte á nadie, ni necio que adular, ni portero que ablandar, ni cortesana que pagar y tributarle incienso, que es peor todavía. Manejen pícaros en buen hora los negocios de entidad; poco os importa, que no ha de impedirlos eso que en vuestra vida oscura seais hombre de bien, y ganeis el pan. Entrais en la primera tienda del oficio que habeis aprendido: «Maestro necesito obra. — Camarada, poneos ahí y trabajad.» Antes que sea hora de comer, ya habeis ganado la comida: si sois sóbrio y diligente, antes que pasen ocho dias, tendreis con qué vivir otros ocho; habreis vivido libre, sano, sincero, laborioso y justo. No pierde el tiempo quien así le aprovecha.

Quiero absolutamente que aprenda Emilio un oficio.

Oficio honroso á lo menos, me direis. ¿Qué significa esa voz? ¿No es honroso todo oficio útil al público? No quiero que sea bordador, ni dorador, ni limpiabotas, como el caballero Locke; no quiero que sea músico, ni comediante, ni compositor de libros (1). Menos estas profesiones y las demás que se les parecen, siga la que quiera, que no pretendo sujetarle en nada. Mas quiero que sea zapatero que poeta: mas quiero que empiedre los caminos reales, que no que haga flores de porcelana. Empero, me direis, los corchetes, los espías, los verdugos, son sujetos útiles. Del Gobierno pende que no lo sean. Pero, vamos, no decia yo bien: no basta con escoger un oficio útil, tambien es preciso que no requiera en las personas que le ejerciten propiedades de corazon odiosas y no compatibles con la humanidad. Volviendo, por tanto, á la primera expresion, tomemos un oficio honroso, pero nunca olvidemos que no hay honra sin utilidad.

Un famoso autor de este siglo (2), cuyos libros están llenos de vastos proyectos y mezquinas ideas, habia hecho, como todos los sacerdotes de su comunión, voto de no tener mujer propia; pero siendo mas escrupuloso que los demás acerca del adulterio, dicen que se resolvió á tener en casa criadas lindas, con las cuales resarcia lo mejor que podia el agravio que con esta temeraria promesa habia hecho á su especie, á la naturaleza y al Estado. Reputaba obligacion del ciudadano el dar otros á la patria y con el tributo que en este género le pagaba, poblaba la clase de artesanos. Así que tenían edad para ello estos niños, les hacia aprender á todos el oficio que mas les petaba, excluyendo solo las profesiones ociosas, fútiles ó expuestas á la moda, como la de peluquero, por ejemplo, que nunca es necesaria, y puede llegar á ser inútil de un dia á otro, si se cansa la naturaleza de darnos pelo.

(1) Vos lo sois. Así es por mi desgracia, confiéso; pero mis yerros, que tanto me cuestan, no son motivo para que otro los cometa. No escribo para disculparme de ellos, sino para estorbar que mis lectores los imiten.

(2) El Abate de San Pedro.



Este es el espíritu que debe guiarnos en la elección del oficio de Emilio, ó mas bien, no compete hacer esta elección á nosotros, sino á él; porque las máximas en que está imbuido, habiendo arraigado en él un natural desprecio á las cosas sin valor, no le dejarán gastar su tiempo en faenas inútiles, y en las cosas no conocerá otro valor que el de su utilidad real; así, necesita un oficio que pudiera servir á Robinson en su isla.

Si tiene un niño especial ingenio para un arte, se saca la ventaja de ver saltar la primera chispa, y de estudiar su afición, sus inclinaciones y su gusto, haciendo que pase revista á las producciones del arte y la naturaleza, avivando su curiosidad, y siguiéndole á donde esta le lleva. Empero es error frecuente, de que debéis precaveros, atribuir el efecto de la ocasion á fuego del ingenio, y confundir con una inclinacion irresistible á tal ó cual arte, aquel espíritu imitativo comun del hombre y del mono, y que maquinalmente los incita á que hagan lo que ven hacer, sin saber para lo que sirve. Lleno está el mundo de artesanos, especialmente de artistas, que no tienen particular talento para el arte que profesan, y á que los aplicaron desde su primera edad, ó á impulso de que así les convenia, ó dejándose alucinar de un aparente fervor que del mismo modo hubieran tenido para otro cualquier arte, si le hubiesen visto practicado. Aquel oye un tambor y se reputa general; este ve levantar una casa, y quiere ser arquitecto. El oficio que ve hacer le prenda á cada uno, como vea que tiene estimacion.

Conocí á un lacayo que, viendo pintar y dibujar á su amo, se le antojó ser pintor y dibujante. Al punto que hubo formado esta resolucion, tomó el lapicero, que no dejó hasta coger el pincel, el cual no dejará en su vida. Sin lecciones ni reglas se puso á dibujar todo cuanto á la mano hallaba. Tres años enteros pasó pegado á sus mamarrachos, sin desprenderse de ellos un punto como no fuera para cosas de su servicio, y sin desalentarse con el poco adelanto que su corta habilidad le permitia. Le he visto por espacio de seis meses, de un verano muy caluroso, en una antesalilla, al mediodia, sentado ó mas bien clavado todo el dia en una

silla, delante de un globo, dibujar este globo, volverle á dibujar, empezar, y volver á empezar sin intermision, hasta que hubo representado la curvatura de la esfera con la suficiente propiedad para quedar satisfecho con su trabajo. Al fin con el valimiento de su amo, y guiado por un artista, ha logrado dejar la librea y sustentarse con su pincel. La perseverancia suple hasta cierto término á la habilidad: este término le ha alcanzado y nunca irá mas adelante. Son dignas de loor la emulacion y la constancia de este honrado mozo, y siempre le estimarán por su aplicacion, su fidelidad y sus buenas costumbres; pero nunca pintará otra cosa que muestras de tienda. ¿Quién no se hubiera engañado con su fervor, y no le hubiera tenido por señal de ingenio? Mucha diferencia hay de apasionarse por una ocupacion, á ser apto para ella. Mas sagaces observaciones de lo que se piensan son necesarias para conocer la verdadera habilidad y gusto de un niño, que mas que sus disposiciones manifiesta sus deseos, y que siempre juzgamos por estos, porque no sabemos estudiar aquellas. Quisiera que nos diese un escritor de juicio recto un tratado del arte de observar á los niños, arte que tanto importaria conocer, y del cual ni siquiera los elementos saben los maestros ni los padres.

Pero acaso damos aquí sobrada importancia á la elección de un oficio. Puesto que solo se trata de un trabajo manual, nada quiere decir esta leccion para Emilio, y ya tenemos mas de la mitad del aprendizaje, con los ejercicios en que hasta aquí le hemos ocupado. ¿Qué quereis que haga? Dispuesto está para todo; ya sabe manejar la pala y el azadon; sabe servirse del martillo, del torno, del cepillo, de la lima, y está familiarizado con las herramientas de todos los oficios. No se trata mas que de adquirir en alguna de estas herramientas tan pronta y fácil práctica, que iguale á los mejores oficiales que las usen; y en este punto les saca á todos la imponderable ventaja de tener ágil el cuerpo y flexibles los miembros, para tomar sin dificultad todo género de posturas, y prolongar sin esfuerzo toda especie de movimientos. Tiene además justos y bien ejercitados sus órganos, y ya conoce toda la mecánica de las artes. Solo



el hábito le falta para trabajar tan bien como el maestro, y el hábito se adquiere con el tiempo. ¿En cuál de los oficios, cuya elección tenemos que hacer, empleará el tiempo suficiente para hacerse práctico en él?

Dad al hombre un oficio que convenga á su sexo, y al mancebo uno que convenga á su edad: ni le agrada, ni le conviene toda profesion casera y sedentaria. que afemina el cuerpo y le torna débil. Nunca aspiró naturalmente un mancebo á ser sastre; y es necesario arte para inclinar á este oficio mujeril al sexo para el cual no fué destinado (1). No pueden unas mismas manos manejar la aguja y la espada. Si fuera yo soberano, solo á las mujeres y á los cojos precisados á ocuparse como ellas, permitiría la costura y los oficios que con la aguja se hacen. Suponiendo necesarios los eunucos, hallo que es desvario de los orientales el hacerlos. ¿Por qué no se contentan con los que ha hecho la naturaleza, con esa muchedumbre de hombres cobardes cuyo corazón ha castrado, y que les sobrarian para lo que necesitan? Todo hombre flaco, delicado, medroso, fué condenado por la naturaleza, y destinado á vivir con las mujeres ó al modo de ellas: ejercite, pues, alguno de los oficios que las son peculiares; y si son absolutamente necesarios verdaderos eunucos, redúzcanse á este estado los hombres que deshonran su sexo, empleándose en ministerios que no le convienen. Su elección indica el error de la naturaleza; pues enmendad este error.

Prohibo á mi alumno los oficios mal sanos, pero no los penosos, ni tampoco los peligrosos, que ejercitan á la par el ánimo y la fuerza, y son peculiares solo de los hombres; las mujeres no los pretenden. ¿Cómo no tienen aquellos vergüenza de introducirse en los que son de la jurisdicción de otro sexo?

Luctantur pauca, comedunt coliphia pauca.  
Vos lanam trahitis, calathisque peracta refertis  
Vellera... (2)

(1) En los pueblos antiguos no habia sastres: los vestidos de los hombres los hacian en cada casa las mujeres.

(2) Lidian pocas, de atletas los manjares  
Pocas comen; vosotros hilais lana  
Y en canastas llevais vuestros hilados.—JUVENAL, sat. II, vers. 55

En Italia no se ven mujeres en las tiendas; y no puede imaginarse cosa mas triste que la vista de las calles de este país, para los que están acostumbrados á las de Inglaterra y Francia. Cuando veía yo á mercaderes modistas que vendian á las damas cintas, blondas y felpilla, me parecian muy ridiculos estos delicados arros en manos toscas que mejor soplarían la fragua y machacarian en el yunque. Decia yo que en aquel país deberian, por represalias, las mujeres establecer tiendas de armeros y espaderos. ¡Eh! Haga y venda cada uno las armas de su sexo, que para conocerlas es preciso manejarlas.

Mancebo, imprime á tus faenas la mano del hombre; aprende á manejar el hacha y la sierra, á cuadrar una viga, á subir á un tejado, á poner un techo, á afianzar las maestras y las soleras; y grita luego á tu hermana para que te venga á ayudar en tu tarea, así como te decia ella que trabajases tú en su punto de encaje.

Sobrado es lo que digo para mis melindrosos coetáneos; bien lo veo; pero me dejo á veces llevar de la fuerza de las consecuencias. Si un hombre, sea quien fuere, tiene vergüenza de trabajar en público armado de una azuela, y un mandil de cuero por delante, solo veo en él un esclavo de la opinion dispuesto á avergonzarse de sus buenas obras, así que ridiculicen al hombre de bien. Cedamos, no obstante, á la preocupacion de los padres todo cuanto no puede perjudicar á la sana razon de los niños. No es necesario ejercitar todas las profesiones útiles, para honrarlas todas; basta con no tener ninguna por inferior á nosotros. Cuando nos dan á escoger y nada nos determina por otra parte, ¿por qué no hemos de atender á la decencia, á la inclinacion, al agrado entre profesiones de la misma gerarquía? Útiles son los trabajos de los metales, y acaso los más útiles de todos; no obstante, sin especial razon que á ello me mueva, no haré á vuestro hijo herrador, cerrajero, ni herrero; no quisiera verle en la fragua con la figura de un ciclope. Tampoco le haré albañil, y mucho menos zapatero. Menester es que se ejerzan todos los oficios; pero quien puede escoger, ha de tener cuenta con la limpieza, porque en este punto no hay opinion, que los sentidos solos